

Bernard von Brentano  
Franziska Scheler

Edición y epílogo  
de Sven Hanschek

Traducido del alemán  
por Jorge Seca

**Alianza** editorial

Título original: *Franziska Scheler*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.



Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Imagen de cubierta: © Museen der Stadt Bamberg / Fotosotek  
Fotografía del autor: © private

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, Frankfurt am Main, 2015  
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.  
© de la traducción: Jorge Seca, 2022  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-734-2  
Depósito legal: M. 3.115-2022  
Printed in Spain

# Capítulo 1

*Se despliega el abanico de la gran ciudad, y de una de sus varillas surge un personaje sorprendente.*

## 1

Karl Chindler se había mudado de domicilio, y Leopold decidió ir a ver a su hermano. Quería echar un vistazo al piso nuevo y llevar unas flores a su cuñada. En su cuaderno de notas había apuntado: K. Ch. calle de Budapest 154, y por detrás, entre paréntesis: «enfrente del lugar en el que se eleva el Puente de Cornelius sobre el canal». Leopold se bajó del autobús en la parada de Puente de Hércules y tomó por la calle Lützowufer, a lo largo del canal. Por delante de él caminaba una señora que llevaba un traje de chaqueta de color gris y un gorro negro sobre el cabello rubio. Mantenía la cabeza inclinada hacia delante, con la vista puesta en el suelo, y su mano izquierda jugueteaba con un paraguas rojo cuya punta hacía golpear su portadora en el adoquinado a ciertos intervalos. Se trataba de Gertrud Spalding, la esposa del pintor Spalding, y Leopold aminoró su paso porque no quería adelantar a Gertrud. No le apetecía darle los buenos días, la animada locuacidad de Gertrud era capaz de enredar a cualquiera en una conversación interminable. Leopold no tenía ningún interés en tal cosa.

Esto sucedía a principios de mayo de 1929. Los castaños estaban completamente cubiertos de hojas y las copas de los imponentes árboles se reflejaban en las aguas inmóviles del canal. Leopold contempló el verde lechoso de las hojas sin perder de vista a Gertrud. En la esquina con la calle Keith, Gertrud se detuvo y comprobó el número de la casa. A continuación dobló a la izquierda, y Leopold aceleró su paso.

Karl Chindler parecía haberse hecho el nido en un buen sitio. La casa n.º 154 era la última de la calle de Budapest, la que hacía esquina con la calle Lützowufer. La puerta principal poseía las dimensiones del portón de un granero, y el vestíbulo estaba cubierto de gruesas alfombras mullidas. La esposa del portero, una rubia guapa con los ojos llorosos, salió de mala gana y avergonzada por la puerta de cristal de su vivienda y abrió la puerta del ascensor. Al iniciar la marcha, dio la espalda a Leopold, y este se puso a contemplar el ascensor. Era una cabina elegante que entretenía a sus ocupantes con bancos tapizados y espejos enmarcados en oro mientras ascendía con rapidez a las alturas. Incluso la barandilla de madera maciza que se enroscaba por la caja del ascensor como el tronco cepillado de una glicinia ofrecía una impresión de riqueza, y justo en los pequeños detalles, como por ejemplo en los destellos y en el brillo de las varillas de latón que mantenían sujeta la alfombra contra los peldaños de la escalera, se percibía que en esa casa vivía gente pudiente. Karl Chindler vivía en la tercera planta. Leopold tocó el timbre y pasó un buen rato hasta que por fin se acercó alguien. Se descorrió un pestillo, la cadena de seguridad sonó al golpear la madera, y un criado (a quien Leopold no había visto todavía) abrió la puerta. Era un muchacho guapo, pero sus modales eran un tanto bruscos.

—¿Qué desea?

—Soy Leopold Chindler. ¿Está mi hermano en casa?

El criado asintió y se colocó a un lado al tiempo que abría la puerta por completo. Se quedó con el sombrero y el abrigo de

la visita, que colocó sobre una silla, y condujo a Leopold a un salón donde le rogó que esperara.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Leopold.

—Valentin.

—Gracias —dijo Leopold, y el criado cerró la puerta.

Aquel cuarto era más del doble de alto que dos hombres altos y muy alargado. Una mitad estaba provista de muebles blancos, y la otra mitad, de muebles azules. En el voladizo había una planta de cáñamo africano, y de un soporte de latón pulido colgaba una jaula con un canario dentro.

Tener que esperar resulta aburrido, y Leopold se puso a contemplar al animalito que lo miraba con sus diminutos e inconcebibles ojitos. Theodor Chindler, el padre de Leopold, crio durante algunos años familias enteras de pájaros, y Karl Chindler parecía haber heredado esa afición paterna. El pájaro era muy bonito, el amarillo puro de su plumaje le recordó a Leopold un cuadro de Van Gogh que estaba expuesto en el Palacio del Príncipe<sup>1</sup>.

Se abrió la puerta corredera que daba a la habitación contigua, y entró Karl. Tenía la costumbre de llevar calzado con suela de goma y caminaba sin hacer ruido; sin embargo, lo que llamó la atención de Leopold esta vez en ese hombre siempre sorprendente fue que Karl apareció con una camisa sin cuello, y sin corbata.

—Me he cortado al afeitarme —dijo, y se llevó un dedo con cuidado a una pequeña herida en el cuello torciendo la cabeza hacia arriba y desfigurando un poco la boca—: Disculpa mi atuendo por esa causa.

1. En 1928, la «Sección Nueva» del Palacio del Príncipe (*Kronprinzenpalais*) expuso una gran retrospectiva de Van Gogh, razón por la cual no puede precisarse en qué cuadro está pensando aquí Leopold Chindler. De 1919 a 1933, esta «Galería de los vivos» fue el primer museo de arte contemporáneo; durante la dictadura nacionalsocialista se dividió (y en parte se destruyó) esa colección.

Estrechó la mano de su hermano y le tendió la mejilla para un beso.

—Quería ver vuestra nueva vivienda —dijo Leopold—, y entregarle algunas flores a tu esposa.

—Muy amable por tu parte... pero voy a pedirte, si te parece bien, que vengas conmigo al comedor. He estado hasta más allá del mediodía en el Reichstag y hace un momentito que he llegado a casa. Anna y los niños ya comieron y se han retirado a sus habitaciones, pero yo estoy almorzando todavía.

Leopold siguió a su hermano. El comedor era también muy amplio. La mesa alargada colocada en el centro estaba cubierta de platos rebañados y de fuentes (lo cual genera siempre una impresión de desorden), y lo único ordenado en toda la mesa eran los pequeños sonajeros de los niños con sus aros plateados bien colocados al lado de sus platitos. Karl se sentó en la butaca situada en el extremo de la mesa, y Leopold tomó asiento a su lado.

—¿Ya has almorzado? —preguntó Karl.

—Sí, gracias.

—Me apresuraré para que podamos tomar enseguida el café.

Había milanesas, patatas asadas y zanahorias. Karl alzó la tapa de una fuente y se puso dos milanesas en el plato. A continuación cortó una en dos partes y se llevó la más grande a la boca. Siempre le habían gustado los bocados contundentes, y Leopold comprobó que seguía siendo el mismo.

—Tienes buena cara —dijo Karl masticando y contemplando las mejillas de Leopold—. ¿Qué tal en el periódico?

—Un montón de disgustos.

—Tus artículos no son muy regulares, pero el último o el penúltimo, ya no me acuerdo bien del todo, era muy bueno.

Karl tocó la campanilla. El criado entró, retiró las fuentes y dejó los postres.

—Deme otra vez la fuente grande, la redonda, por favor —dijo Karl señalando el centro de la mesa.

El criado alcanzó a Karl la fuente de la ensalada, y Karl la vació entera sobre su plato. Era remolacha, por la que él tenía una especial predilección. Después esperó unos instantes a que el criado se retirara, agarró la fuente con las dos manos, se la llevó a la boca y sorbió el jugo.

—Probablemente no resulta muy bonito de ver lo que acabo de hacer —dijo Karl, que pidió a Leopold que volviera a colocar la fuente en su sitio—, pero el jugo de estas deliciosas remolachas, un obsequio muy noble de la naturaleza, es bueno para mis riñones. Ya no soy tan joven, y a mi edad hay que comenzar a cuidarse si quieres hacerte viejo de una manera soportable. Las personas vanidosas, o las cobardes que esconden la cabeza como el avestruz, comienzan demasiado tarde con tales cuidados y luego tienen que cargar con las consecuencias. Ahora bien, tú no los necesitas todavía. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Veintinueve —dijo Leopold, que calculó que Karl debía de tener treinta y nueve, así que todavía era un hombre joven en sus mejores años. Sin embargo, nunca había sido joven, Leopold lo había tenido siempre por un señor serio y formal.

Karl se comió el pudín, y los hermanos estaban encendiéndose uno de los famosos puros de Karl cuando Anna Chindler entró en la sala. Pareció sorprendida de ver a su cuñado, y Leopold percibió que se sentía incluso azorada.

—¡Vaya sorpresa! —dijo ella—. No me habían anunciado que estabas en casa.

Al hablar miró a Leopold con sus ojos hermosos, unos ojos que fueron tema de conversación durante años en el seno de la familia Chindler, hasta que finalmente la expresión «unos ojos como los de Anna» se convirtió en una frase hecha. Eran de color azul oscuro y un poco tapados por los párpados, pero, a pe-

sar de todo, abiertos, cálidos y sinceros, los ojos de una mujer sensual, pero de una persona buena y dócil.

Leopold entregó a Anna un ramo de claveles rojos, y Anna se lo agradeció profusamente.

—Me encanta vuestro comedor —dijo Leopold.

Anunciaron una llamada telefónica para Karl, y este se levantó.

—Será una conversación muy larga, pero nos veremos después —dijo rápidamente, y salió apresuradamente del cuarto.

Anna preguntó a Leopold si deseaba ver las demás habitaciones.

—Con placer —dijo Leopold, que notó que su interés ponía muy contenta a Anna. Ella le dirigió una breve mirada, de esa manera en que se contempla a una persona de la que te esperas pocas cosas y que te decepciona agradablemente. Su marido no congeniaba especialmente bien con Leopold. Este lo sabía muy bien, pero tenía la capacidad de ignorar tales antipatías cuando no le convenían. De todas formas, no sabía a ciencia cierta por qué lo hacía ni la razón de esa manera de actuar. No existía ningún motivo racional para tal cosa, seguramente ninguna lógica, pero Karl era su hermano, y además el mayor de todos, así que Leopold (teniéndose poco en cuenta él mismo) dejaba a un lado lo que denominaba las peculiaridades de Karl, y obedecía sin mayores reflexiones a su corazón, en el que moraba un antiguo y profundo apego hacia Karl. Su amigo Wilhelm Braun se burló una vez de Leopold por esa debilidad propia de la inmadurez (tal como se expresó él) y de esta manera se la puso por primera vez en consideración a Leopold, pero este le contradujo y, aduciendo razones para justificarse, le pareció que su conducta era generosa, ecuaníme y más digna de elogio que lo contrario; sin embargo, en esto se equivocaba, y es que *la autoestima no es un pecado tan vil como el desprecio de uno mismo*.



Anna iba delante, y Leopold miraba las habitaciones. Todas eran muy grandes y en parte amuebladas con mucho gusto. Finalmente, Anna recorrió un pasillo largo, muy oscuro y que parecía no acabar nunca. Por fin ella abrió una puerta, y Leopold entró en la habitación de los niños. El cuarto era un salón acogedor, con las paredes de papel pintado de color claro; era casi tan espacioso como el comedor. Leopold saludó a los hijos e hijas de Anna, dos chicas rubias de ocho y diez años y dos chicos algo más pequeños. Todos estaban bien aseados y vestidos con gracia. Las chicas llevaban lacitos azules y rojos en el pelo, y el chico más pequeñín, un gordezuelo simpático de fuertes manotas, llevaba una bata de color verde hierba en la que figuraba un girasol bordado. Anna lo alzó con entusiasmo y lo besuqueó; parecía ser su favorito. Delante de la ventana había un banco escolar como el que había tenido Leopold de niño en su colegio. Leopold se sentó a presión en el asiento pequeño y volvió a probar una postura en la que el ser humano moderno pasa tantísimos años de su vida y a la que un buen día renuncia para no volver a adoptarla y para olvidarla por completo. La postura de Leopold debía de ser verdaderamente graciosa, pues los críos se lo quedaron mirando con los ojos completamente abiertos y perplejos hasta que el más pequeño se echó a reír en voz alta y todos los reunidos prorrumpieron a continuación en una sonora carcajada.

—Lo bueno de ti es que eres muy bonachón —dijo Anna—. ¿Sabes qué? Quédate para la cena si tienes tiempo. Hoy vamos a cenar a las siete porque después tenemos una reunión... ¡Vamos, sí, quédate y vivirás algo que no has experimentado todavía y que te va a interesar, te lo aseguro!

Los niños habían dejado de reír y contemplaban a su tío con esa curiosidad muda característica de esas edades y con esos misteriosos pensamientos, de los cuales no nos enteramos los adultos. Hemos olvidado los sentimientos de nuestra propia infancia y no se nos dice cuáles son los de la generación siguiente.

Las hijas de Anna eran guapas y gráciles, y a pesar de que ninguna de las dos había heredado los ojos de su madre, prometían sin embargo convertirse en mujeres bellas.

—He vuelto a olvidarme de lo importante —dijo Leopold—, pero la próxima vez que venga aquí os traeré una bolsa de chokolatinas. ¿O no os gusta el chocolate?

—Nos gusta muchísimo el chocolate —dijo la chica mayor, y al decirlo puso una carita muy seria, como si estuviera respondiendo a la pregunta de un maestro de la escuela. Anna le acarició el pelo e hizo como si la respuesta le pareciera un tanto petulante, pero era lo suficientemente madre como para sentirse complacida por la alegre esperanza de sus hijos e hijas.

## 2

Eran las siete y cuarto, y Karl, Anna y Leopold acababan de sentarse a la mesa cuando sonó el timbre de la vivienda. Karl se reclinó en el asiento, se abrió la americana de su traje de color azul oscuro, extrajo su reloj de oro del bolsillo, hizo saltar la tapa y dijo:

—¿Ya viene esa gente ahora? Pero si solo son las siete y dieciséis minutos. ¡Eso no se hace!

—Te vas a quedar sorprendido con todo lo que vas a ver y oír durante esta velada —dijo Anna a Leopold, y puso una sonrisa de satisfacción.

Valentin entró en la habitación, anunció que habían llegado los primeros invitados y preguntó adónde debía conducirlos.

—Esto se pasa ya muchísimo de la raya de lo que es correcto —dijo Karl, y Leopold vio que su hermano estaba muy disgustado.

—Conduzca a esa gente al salón —dijo Anna—. Mande a Hilde que abra ella la puerta y usted quédese aquí sirviendo los

platos. Los niños tendrán que portarse muy bien y hoy tendrán que desvestirse sin mí. Luego iré a verlos para rezar la oración de la noche.

El criado se fue, y Leopold oyó entrar a gente en el cuarto contigo y también ruido de sillas.

—Así que van a tener que pagarlo los niños —dijo Karl molesto.

—¿Quién habla aquí de tener que pagar nada? —preguntó Anna—. Cuando las niñas y los niños pueden desvestirse solos, se ponen la mar de contentos.

—Como tú digas —dijo Karl—. Pero si después alguno resbala en el baño o se mete en la bañera con el agua hirviendo... Bueno, yo solo quería avisar, ¡y ya lo he hecho!

Leopold se había esforzado verdaderamente mucho durante toda la tarde por superar su curiosidad, pero ahora le pareció que ya se había aguantado lo suficiente y preguntó:

—¿No vais a revelarme por fin lo que va a pasar esta noche en vuestra casa?

Karl levantó los dos brazos de modo que su cabeza desapareció literalmente entre los hombros, y dijo:

—Si me lo permites... ¡eso después! Ahora vamos a cenar rápidamente y a ser posible en silencio para estar listos enseguida. La gente ya está de camino y no queda muy bien hacerlos esperar en el cuarto de al lado mientras comemos aquí como si la cosa no fuera con nosotros.

Era una orden que había que obedecer, máxime si uno conocía el carácter de Karl, poco dado a las bromas. De postre había solo fruta, y Valentin les estaba ofreciendo el frutero cuando se abrió la puerta y entraron Otto von Bendemann y Franziska Scheler.

—No se molesten —dijo el señor Von Bendemann—. En realidad somos del grupo de aquí al lado, pero queríamos saludarles rápidamente antes de mezclarnos entre el gentío. ¡Su escalera parece literalmente un hervidero de gente!

—No molestan en absoluto —dijo Karl con cortesía, y se levantó—. ¡Al contrario! Me hace feliz verlos aquí. Esta noche parece que habrá una afluencia masiva. Gracias a Dios que al menos los tenemos a ustedes dos aquí.

Acercó dos sillas a la mesa y rogó a Bendemann y a Franziska que tomaran asiento.

Leopold se levantó también y contempló a Franziska, que lo miró en silencio sin saludarlo. En ese momento Bendemann lo reconoció, ya que se habían encontrado algunas veces en casa de Karl Chindler.

—Anda... Si es Leopold Chindler... la voz del *Berliner Allgemeine*...<sup>2</sup>. ¡Qué grata sorpresa! —dijo el señor Von Bendemann.

Rodeó la mesa, se dirigió a Leopold y le tendió su mano enorme, y entonces también Leopold se dirigió a Franziska para saludarla. Ella no pareció reconocerlo. Alzó un poco las cejas, puso una cara gélida y solo le tendió dos dedos; sin embargo, se había convertido en una mujer mucho más hermosa de lo que ya era de joven, tenía un aspecto espléndido. Llevaba un vestido azul de mangas cortas, y sus ojos de color azul claro, en cuyos bordes se divisaban unos leves destellos amarillos, iluminaban la sala entera.

El criado entró y anunció que había llegado el señor doctor Lichtstrahl<sup>3</sup>, quien rogaba que se le permitiera entrar unos ins-

2. El periódico en el que está empleado Leopold no existió con ese nombre; los procesos editoriales como los que se describirán más adelante eran familiares a Brentano por su trabajo en el *Frankfurter Zeitung*. No tendría por qué ser el único modelo, pero sí el dominante; habría que pensar también en otros diarios berlineses (*Vossische Zeitung*, *B. Z. am Mittag*, *Berliner Börsen-Courier*, *Deutsche Allgemeine Zeitung*) y en sus colaboradores. En 1931, Brentano dejó su puesto de redactor en el *Frankfurter Zeitung*, aunque siguió publicando en él y también, cada vez con mayor frecuencia, en otros periódicos y revistas (*Berliner Tageblatt*, *Weltbühne*, *Die Linkskurve*, *Die literarische Welt*).

3. Retrato del sacerdote católico Carl Sonnenschein (1876-1929), que trabajaba en favor de los pobres, que desde el año 1923 había fundado un centro católico de for-

tantes. Karl no supo qué decir, y miró con expresión interrogativa a su esposa.

—Estamos prácticamente listos con la cena —dijo Anna—. Déjalo entrar, sí. Creo que es lo suyo, al fin y al cabo es la persona principal en la velada de hoy.

—Entonces haga entrar al señor doctor —dijo Karl.

La persona que entró llevaba la vestimenta negra de un sacerdote católico. Era de estatura media, gordo y de tez pálida. Su cabellera presentaba muchos claros, pero tenía una frente bella, de poderosa hechura y de una altura impresionante. La boca grande, comprimida en una única línea recta, mostraba signos de pasión y de fuerza de voluntad.

—Lo saludo de todo corazón, señor secretario de Estado —dijo a Karl Chindler—, y le expreso de nuevo todo nuestro agradecimiento por el hecho de que haya puesto usted su linda vivienda a disposición para esta buena causa. Que el Señor se lo pague con sus bendiciones.

Tras estas solemnes palabras soltó la mano de Karl (que había mantenido sujeta todo ese tiempo) y saludó entonces a Anna y a los demás presentes.

—¿Me permite presentarle a mi cuñado Leopold Chindler? —dijo Anna.

El doctor Lichtstrahl estrechó la mano de Leopold, y Leopold percibió que la mano de Lichtstrahl era muy blanda. También la cara de ese hombre era menos impresionante vista de cerca de lo que le pareció a distancia desde el marco de la puerta. Los ojos, ocultos por unas gafas muy graduadas, eran pequeños y de un color indeterminado, y la parte inferior de la cara le colgaba un tanto flácida y estaba, por decirlo de alguna

mación para adultos en Berlín y a quien la Iglesia eximía de vez en cuando de sus obligaciones debido a su trabajo social. En mayo de 1929, en el momento de la acción de este capítulo, el personaje real del doctor Lichtstrahl ya había fallecido. (*Sommenschein* = luz del sol; *Lichtstrahl* = rayo de luz.)

manera, no del todo acabada. Después de moldear aquella frente, la naturaleza no se esforzó ya más en la labor y completó el resto de la cara un poco con mano siniestra. Ahora bien, la frente seguía siendo descomunal incluso de cerca.

También Leopold estaba siendo examinado minuciosamente, y el examen del doctor Lichtstrahl sobre su persona duró incluso algunos segundos hasta que el doctor Lichtstrahl abrió la boca y dijo:

—He oído hablar de usted, me alegro mucho de saludarlo.

Leopold se puso a pensar quién dentre podría haberle hablado al doctor Lichtstrahl de él. El enigma se solucionó, al menos en parte, al manifestarse el doctor Lichtstrahl como conecedor de los artículos que Leopold publicaba en el *Berliner Allgemeine*.

El doctor Lichtstrahl avanzó unos pasos y saludó al enviado extraordinario Von Bendemann, ya en el retiro. Bendemann acababa de limpiarse sus gigantescas gafas de concha de color amarillo claro, volvió a colocárselas sobre la nariz y examinó de arriba abajo la polvorienta sotana del clérigo.

—Verdaderamente siento una gran alegría esta noche —dijo el doctor Lichtstrahl— al poder saludar a tantos caballeros distinguidos y apreciados. —A continuación realizó una reverencia con mucha soltura dirigida a Anna y prosiguió—: Pero si le parece bien a usted, señora mía, no hagamos esperar más a los demás invitados y comencemos.

Karl se adelantó y abrió la puerta corredera, y Leopold divisó por fin la misteriosa reunión que había estado esperando durante tanto rato. El salón estaba a rebosar de gente, pero Leopold se quedó muy sorprendido cuando se acercó y contempló a los presentes. Casi todos eran gente sencilla, trabajadores y empleados<sup>4</sup> de rostros cansados, extenuados y manos

4. PE (primera edición): «gente del pueblo trabajador».

toscas, instrumentos acostumbrados a sujetar herramientas robustas y a llevar la lucha por la existencia con la fuerza de sus músculos. Entre los jóvenes que se habían concentrado al fondo de la sala y que formaban un grupo de por sí, los había que tenían cara de actores o de artistas echados a perder. Tenían un gesto porfiado en sus caras y cabellos largos, grasientos, desaseados. Algunos tenían una expresión maliciosa en los ojos, en los que se veía relucir problemas difíciles, o bocas burlonas y desdenosas, y estas se volvieron aún más negativas y maliciosas al entrar el señor de la casa y dirigirse con las figuras elegantes de Anna y Franziska a los asientos delanteros, reservados para ellos. En cambio, entre las personas mayores había caras simpáticas y agradables, de ojos espabilados y prudentemente atentos. Así, por ejemplo, en la segunda fila estaba sentada una mujer de pelo cano y de mediana estatura, que tenía una cara bella, incluso noble. Mantenía las manos plegadas sobre el regazo y la cabeza inclinada con unas mejillas pálidas, pero al ver entrar ahora al doctor Lichtstrahl, levantó la vista y contempló al clérigo con esa dulce y escrutadora entrega que retrataron Durero y Grünewald, y que les está concedida a aquellas personas hambrientas que soportan mucha carga y que poseen la fuerza de creer.

No había suficientes sillas, y algunos invitados que habían ocupado el saledizo tuvieron que permanecer de pie. Karl y Leopold cargaron con algunas sillas más del comedor hasta que todos los presentes pudieron estar sentados, y a continuación el doctor Lichtstrahl dio comienzo a su discurso.

Se levantó, giró su silla, apoyó las pequeñas y pálidas manos sobre el respaldo y dijo:

—¡Nuestro centro católico para adultos en Berlín está en marcha! Todavía no poseemos ningún suntuoso edificio, no podemos reunirnos en nuestra propia casa cuando nos convenga, pero en realidad poseemos mucho más que eso. Hace poco qui-

sieron infundirme miedo y ansiedad al preguntarme: «¡Pero querido señor doctor! ¿Dónde va usted a ofrecer sus cursos? ¿Dónde va a reunir a los hombres y a las mujeres que le siguen?». Yo les respondí: «¡En todas partes!». Berlín dispone de un millón doscientas diez mil seiscientas dos viviendas; eso nos basta. Cada semana encontraremos una que nos acoja, y mira por dónde... cada semana hemos encontrado una. Hace cuatro semanas, una; hace tres semanas, otra; hace dos semanas, otra más; ¡y hoy otra de nuevo! —Algunos oyentes se rieron conformes, y el orador hizo una pausa. Luego prosiguió—: Además, damas y caballeros presentes, nosotros queremos de manera provisional, subrayo expresamente lo de provisional, algo completamente distinto. Nosotros no somos eruditos, y aunque somos escolares, somos escolares de un tipo especial, nosotros somos ¡humanos! Nosotros no le hablamos únicamente al intelecto, al cerebro de aquí arriba, a esta masa escasa de la que cierta gente está tan tremendamente orgullosa; nosotros sabemos que el ser humano es más diverso y más rico; ¡nosotros le hablamos al ser humano entero! ¡Al alma! Miren, venerables oyentes, hace dos semanas fue Semana Santa. Una tarde regresaba yo del cementerio, o mejor dicho, de uno de los muchos cementerios que hay en nuestra ciudad... bien, regresaba yo del cementerio y caminaba ensimismado en mis pensamientos por la calle Leipzig. Me quedé parado ante los grandes almacenes Wertheim. ¡Era Semana Santa en aquellos escaparates! ¡Deporte, excursiones, primavera! ¡Ropa de excursionistas! ¡Barcos de vela, tiendas de campaña! En mitad de los escaparates había conejitos de Pascua y huevos de Pascua entre sauces en flor. ¡Semana Santa en la calle Leipzig!

Aquel hombre era indiscutiblemente un gran orador; Leopold no recordaba haber oído nunca a otro mejor. El doctor Lichtstrahl había pronunciado las últimas frases casi entre dientes, pero a Leopold le pareció que su obra maestra consistía en que mien-



tras arrojaba a la calle aquellos inocentes objetos desde los prevenidos escaparates de la Plaza Leipzig, al mismo tiempo los elevaba a la más extrema visibilidad y los condenaba al más ridículo deslucimiento. En ese instante fue igual que Jesús en el templo, pero un Jesús intelectual que no utiliza las manos y que como mucho las mueve como un director de orquesta la mano izquierda. Jesús llevaba un látigo en la mano, un flagelo; este hombre permanecía de pie, prácticamente inmóvil, y sus armas (invisibles) eran la fuerza fría de su capacidad de observación y el poder demoníaco de su oratoria.

El doctor Lichtstrahl se enderezó y prosiguió:

—Una vez en casa, hojeé en el misal de Schott. ¡Liturgia de la Semana Santa! ¡Jueves Santo! *Flectamus genua! O crux ave!* ¡Los improperios! *Vexilla regis! O lux beata!*<sup>5</sup> ¡Luego los jubilosos narcisos! ¡Aleluya! Es un día festivo. Es la consagración. Es la resurrección. ¡Cómo se ha vuelto el mundo pobre y raso y burgués sin la Iglesia! ¡Aburguesamiento! ¡Huevos de Pascua! ¡Conejitos de Pascua, florecitas de sauce! Buenas comidas, buenas bebidas y unas bocanadas de aire de primavera. ¡Aquí, sin embargo, la eternidad, el resplandor de la nieve endurecida, los embates de la tormenta, la resurrección, el renacer! Lo primitivo del ser humano es arrancado y elevado desde las profundidades. Las rocas se fragmentan. Las cruces están rodeadas de luz. La Pascua anuncia y vitorea al resucitado. Esto es lo que yo denomino un día festivo. El que eleva a las personas por encima de sí mismas. El que las sumerge en lo infinito. El que las une con lo divino. El que coloca el valle de este mundo en el resplandor cromático del supramundo. ¡Un día festivo!

5. Lichtstrahl recuerda los cánticos e himnos en latín de la liturgia católica de Semana Santa: «¡Doblemos las rodillas! ¡Salve, oh cruz! ¡Los reproches de Jesús en su agonía! ¡Los estandartes del rey! ¡Oh, luz dichosa!».

El orador calló, y Leopold miró con cautela a su alrededor. Todos los oyentes parecían cautivados, en algunas caras pudo leer la más profunda emoción. Leopold estaba sorprendido, pues la conclusión de esta plática le había gustado poco. Le pareció vacía, no del todo sincera y sin un sentido concreto. Se preguntó qué infancia y qué clase de hogar familiar había tenido el orador. Leopold recordaba con agrado las fiestas de la Pascua de su infancia. Todos se levantaban temprano en el alegre Domingo de Resurrección y toda la familia iba a la misa de las ocho. A veces quedaban restos de nieve en el jardín de la parte delantera de la casa, y una brisa fresca, que devoraba la cara de todos, especialmente en el camino de vuelta, pugnaba con la fuerza joven, única, del sol de primavera; ahora bien, cuando regresaban a casa a eso de las nueve y media, en el viejo y acogedor comedor, con las paredes con papel pintado de color verde, había un desayuno colosal, magnífico: café y leche y azúcar y hermosos panecillos blancos y dos coloridos huevos de Pascua para cada uno, que extraían de un gran cesto amarillo de paja colocado en el centro de la mesa del desayuno y cuyos divertidos colores, una fórmula secreta de tía Friederike, componían el primer ramo de flores del nuevo año. ¿Pretendía alguien abolir esas bonitas y antiguas costumbres? ¿Le resultaban demasiado paganas al señor Lichtstrahl? ¿O demasiado terrenales tal vez? Leopold no entendía el sentido de aquel discurso, y su sensibilidad fácilmente irritable despertó en su corazón un sentimiento de animadversión hacia el orador. No habían tratado de convencerle, sino de persuadirle, y él se sublevaba ante tal cosa. «La Pascua», pensó, «¡debe continuar siendo lo que siempre ha sido!».

El doctor Lichtstrahl prosiguió, pero Leopold se puso a contemplar a Franziska, a quien tenía sentada casi enfrente y que poseía una capacidad asombrosa para no conmoverse. Leopold no sabía que Franziska Scheler estaba emparentada con el señor Von Bendemann, y se preguntó de qué conocería

ella a su hermano y por qué razón aquella protestante bella y mundana tenía interés en tales reuniones; sin embargo, Franziska parecía escuchar con atención, y las ondulaciones oscuras de sus cabellos, que dejaban al descubierto una pequeña nuca de brillo blanco y moldeada con mucha delicadeza, no le dieron ninguna respuesta.

El orador había acabado. Leopold extrajo el reloj del bolsillo y miró la esfera; eran justo las nueve y media.

Anna fue la primera en levantarse y agradeció al doctor Lichtstrahl su discurso acercándose hasta él, le dio la mano y pronunció algunas frases amables. Leopold se levantó también para estirar las piernas tensas, y cuando Karl, como señor de la casa, se dirigió al doctor Lichtstrahl poniendo su expresión más respetable en una cara del todo impenetrable, Anna se acercó a Leopold y se colocó a su lado.

—Bueno, viejo pagano —dijo ella en tono burlón pero con absoluta camaradería, con el tono socarrón que se usa entre familiares, y al mismo tiempo con un matiz incluso de inseguridad—, ¿qué te ha parecido nuestra conferencia?

Leopold vio que su cuñada estaba entusiasmada y respondió que el orador parecía ser una personalidad tremendamente interesante. Anna era una mujer amable y capaz, pero también poseía un carácter ingenuo, y no comprendió la respuesta de Leopold.

—¿No es verdad? —dijo ella animada y visiblemente feliz—, ¡eso es lo que me parece a mí también, siempre se lo he dicho a Karl! Pero me alegra de una manera muy especial que esté contento incluso tu espíritu crítico, porque a veces estás más a favor de la sutileza y del análisis que lo descompone todo... No vayas a tomarte a mal que hable con tanta franqueza, pero es que ahora estoy viendo que nosotros, cristianos más devotos, no debemos perder la esperanza de tu alma, ¡y eso solo ya me recompensa toda la velada!

Leopold no se tenía en absoluto por alguien analítico que lo descompone todo, más bien tendía a lo contrario, pero el esfuerzo de Anna por decir «cristianos más devotos» en lugar de «devotos» a secas había sido simpático y discreto, y además tales malentendidos, que lo habían acompañado en su vida, tenían ahora aproximadamente la mitad de los años que tenía él mismo, eran viejos y amargos conocidos suyos. Sonrió con cortesía lo mejor que pudo y permaneció en silencio. No tenía inclinación por decir falsedades y por comportarse de una manera hipócrita, y mucho menos frente a una mujer como Anna, pero es que además aquel no era el lugar para dar explicaciones. Estas nunca se entendían (pues ¿a quién le gusta oír lo que te contradice y lo que no quieres oír?), al final empeoraban aún más las cosas y los malentendidos se volvían más duros y enconados como las enfermedades mal curadas. Además, Karl acudió en su ayuda. Se dirigió a su esposa, la apartó un poco y le susurró algo al oído. Anna escuchó con atención, frunció el ceño y finalmente negó con la cabeza.

—No tienes por qué comentarme eso en voz baja, ya había pensado en ello. Todo está preparado y en cualquier momento lo traerán, pero si quieres, iré yo misma a echar un vistazo.

Salió del salón y poco después aparecieron Valentin y las dos chicas presentando unas fuentes con bocadillos y bandejas con cerveza y vino blanco. El doctor Lichtstrahl se había retirado a un sillón en el saledizo y contemplaba con visible satisfacción la pequeña repetición de la multiplicación de los panes y de los peces que Anna había preparado con esmero y generosidad. Su discurso había sido una victoria sobre las almas de sus oyentes (o al menos eso es lo que parecía), y él observaba aquel cuchicheo animado y veía a sus ovejitas masticar y comer igual que un general examina el desfile de las tropas que han cumplido con su deber. La voluntad humana es su reino de los cielos, y aquella persona parecía estar hecha únicamente de voluntad,

así que, al menos en ese instante, debía de sentirse feliz de que esa noche todo estuviera saliéndole a pedir de boca.

### 3

Eran las diez y algunos invitados ya estaban abandonando el salón cuando el doctor Lichtstrahl se levantó de repente de su asiento y, extendiendo los brazos, bloqueó la puerta.

—Si les parece bien a los presentes, querría pronunciar muy brevemente un pensamiento que he tenido esta tarde.

Enseguida se hizo el silencio. Algunas personas volvieron a sentarse, otras permanecieron de pie allí donde estaban, y el doctor Lichtstrahl prosiguió:

—Hace ocho días estuve junto al lecho de muerte de una anciana de 88 años. Muy al norte de Berlín, en la cuarta planta de un bloque de pisos. No había nadie en la habitación, solo la moribunda y yo. Me arrodillé y pronuncié las oraciones por los enfermos, abrí el recipiente de plata con el óleo sagrado y la patena de oro en la que reposaba la hostia consagrada, y miré en dirección a la calle por entre los cirios encendidos. Enfrente, un edificio de seis plantas. Frente a mí, el tren elevado. Estación de Nordring. Trenes que llegan; trenes que parten. Más allá, una carnicería. Al lado, una tintorería. A la señora de ojos claros que reza conmigo le unjo los sentidos. Los párpados. La boca. Las manos. *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam*<sup>6</sup>. La oración por el perdón de todo aquello que hemos hecho mal con nuestros sentidos. Con el fuego de los ojos. Con el agarre de las manos. Con el camino equivocado de los pies.

6. Comienzo de la fórmula latina de la extremaunción en la liturgia católica. *Per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti, ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet*: «Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad».